

## ¿ESTANCAMIENTO ECONOMICO?

El modelo económico habría perdido su ímpetu, sostienen algunos críticos. Estaría agotado y por esta vía no se podría avanzar más. Urgiría, entonces, un cambio sustancial que apuntara a recobrar el ritmo de crecimiento que se vería estancado por una falta de inversiones, la cual podría ser suplida por el sector público en un esquema de mayor participación estatal en el proceso de inversión. ¿Qué fundamento tiene esta inquietud? Algunas cifras parciales que indicarían un crecimiento inferior al de los últimos años, y que algunos estiman para el actual entre 5 y 6 por ciento, y la existencia de un nivel de inversión inferior al que sería necesario para continuar creciendo a las tasas aproximadas al 8 por ciento logradas en los últimos años. Dado el creciente tono de alarma que se advierte en algunos críticos, es conveniente hacer algunos comentarios que permitan analizar las prevenciones mencionadas dentro de un contexto de lógica económica. Al observar variables económicas resulta habitual constatar que éstas no tengan un comportamiento "suave", es decir, que los movimientos ascendentes lo sean en todo momento y que los descendentes tengan similar desarrollo. Por el contrario, lo normal es que una variable en alza muestre períodos de mayor alza que otros e incluso algunos de baja dentro de la tendencia hacia arriba. Es, por ejemplo, lo que cualquier observador puede constatar en la bolsa de valores: las alzas no son todos los días iguales e incluso en un mes de gran alza seguramente habrá días de baja. Lo importante es la tendencia. Nuestra economía muestra una clara tendencia al crecimiento, aproximadamente desde mediados de 1976 y revelaría una franca incapacidad para comprender los comportamientos económicos y una peligrosa tendencia al nerviosismo, el poner en duda todas las bondades de un sistema económico porque en un período particular y arbitrario —como es la medida anual— se observará una cifra de crecimiento inferior a las de los años recientes. ▶

Felizmente nuestras máximas autoridades han demostrado una extraordinaria lucidez en materia de comprensión del funcionamiento de la economía y una serenidad, probada en los momentos más adversos, que no hacen presagiar un cambio de rumbos fruto de un precipitado atolondramiento. Como en el pasado, los críticos tendrán que esperar con calma los resultados de mediano y largo plazo de una política económica estable, que no se cambia frente a borrascas pasajeras —en esta ocasión críticas destempladas—, sino que mantiene un curso claro y definido.

Es interesante, en este contexto, observar, por ejemplo, las cifras de crecimiento de Taiwán y Corea del Sur, presentadas en un artículo aparecido en el número anterior de "Realidad". Ambos países muestran en un largo período de 17 años con un crecimiento promedio de 8,7 por ciento y 9,6 por ciento, respectivamente, cifras tan altas como 11,9 y 12 por ciento anual en el caso de Taiwán y de 16,4 y 15,2 por ciento anual en el caso de Corea del Sur; pero también cifras tan bajas como 0,6 y 2,4 por ciento (Taiwán), y 3 y 5,6 por ciento (Corea del Sur). Un promedio, por definición, está compuesto de cifras más altas y más bajas que él. Resulta poco serio, entonces, concentrar las críticas en la existencia de un año de crecimiento inferior al promedio. Así como 1980 puede ser uno de esos años, habrá sin duda en la próxima década otros años de similar característica. ¿O se pretende el absurdo de que todos sean iguales o superiores al promedio?

Sin tener aún la teoría económica una explicación clara y completa sobre las causas del desarrollo económico, se reconoce universalmente que la inversión juega un rol decisivo en el proceso de crecimiento. Es aceptable esperar que un país con mayor inver-

sión crezca más que uno con menor inversión. Sin embargo, la aseveración anterior es válida para casos comparables. No resulta razonable, en el caso chileno, comparar los niveles de inversión actuales, con los existentes en el pasado, ya que la calidad de ambas es muy distinta. Mientras en el pasado la mayor parte de la inversión era pública y a su vez la mayor parte de ésta era efectuada con un criterio político —sin atribuir un sentido peyorativo a esta expresión— hoy ha crecido significativamente la inversión privada y la inversión pública se efectúa con un criterio de rentabilidad. Se hace posible, en consecuencia, esperar que con niveles de inversión similares a los históricos el país tenga un crecimiento muy superior.

Lo importante es que existe una política que no discrimina entre sectores y, por lo tanto, no hace fluir artificialmente los recursos del país —o externos— a determinados sectores, sino que permite que éstos vayan libremente donde son más rentables. No hay obstáculos impuestos por la autoridad que inhiban el proceso de inversión ni que lo dirijan a sectores improductivos.

No faltan quienes, imbuidos de una irreversible mentalidad estadística, sostienen que aún aceptando todo lo anterior el Gobierno podría, y debería, intervenir activamente en el proceso de inversión. Se han esgrimido en el pasado tres argumentos para fundamentar esta postura: que el inversionista privado tiende a invertir sólo en proyectos de corto plazo, aun cuando los de largo plazo puedan ser más rentables; que existen proyectos de alta rentabilidad social pero baja rentabilidad privada, los que obviamente no atraen al inversionista particular; y finalmente, que hay proyectos que por su envergadura —léase necesidades muy grandes de capital— no pueden

ser emprendidos por el sector privado.

Los tres argumentos pueden ser ciertos o falsos, según las circunstancias económicas y políticas en que un país se encuentre. No cabe duda que en un país de inestabilidad política los inversionistas privados no invertirán en proyectos de largo plazo. Pero tampoco parece haber duda que esto es culpa precisamente de quienes argumentan en contra de todo lo que huelga a inversión privada, amenazando constantemente con impuestos, reglamentos, controles, y finalmente despojos. Es, por ejemplo, el caso de la agricultura en la segunda mitad de la década del sesenta. Un gobierno agresivo en contra de dicho sector reclamaba contra quienes no invertían y usaba posteriormente el argumento de que no invertían para despojarlos de sus bienes. ¿Puede concebirse algo menos serio? El caso citado es nítido, ya que en una situación de estabilidad como la actual y ante políticas que protegen los derechos más elementales de los inversionistas, en ese mismo sector, y en innumerables casos, las mismas personas han efectuado importantes inversiones, demostrando así en forma palpable que en circunstancias normales el argumento es falso. Algo muy parecido puede decirse del tercer argumento. En cuanto al segundo, es decir, a las discrepancias entre rentabilidad social y privada, es ya demasiado conocido el remedio del subsidio como para insistir en él. Si el Gobierno estima que ésta es la situación en algún sector, está en su mano el remediarlo sin que tenga que transformarse él en inversionista y empresario.

Parece importante destacar, sin embargo, que mientras el Estado continúe reservándose ciertas áreas de la economía, como comunicaciones, cier-

tos transportes y vías de transportes, etc., deberá realizar las inversiones que en ellos se requieran o el país correrá el serio riesgo de ver impedido su desarrollo por los "cuellos de botella" que estos sectores puedan llegar a constituir. También es una alternativa, y más conveniente que la anterior, que el Gobierno defina con claridad el papel que se permitirá al sector privado en estos sectores, de modo que no se retrasen más las inversiones que en ellos se requieren. Lo único que no puede suceder es que no se escoja ninguna de esas dos alternativas, y que simplemente la inversión necesaria en tales áreas no se realice.

En todo caso, al analizar el crecimiento del país, resulta preferible apuntar a la racionalidad del sistema que se utiliza y a la coherencia de las políticas que le dan forma. Poco se adelanta con alarismos basados en cifras de períodos muy cortos —como el eventual crecimiento en un año determinado— o en predicciones de plazos un poco mayores basados en comportamientos históricos significativamente distintos en cuanto al contexto político y económico en que se insertan. Como lo señalamos, no estimamos comparables el significado de los niveles de inversión de hoy con los existentes antes de 1973, como tampoco lo son los del ahorro, la cantidad de dinero, el endeudamiento externo, la balanza comercial, etc. No representan lo mismo cifras eventualmente iguales en una economía de mercado que en una controlada, en una economía abierta que en una cerrada, en una economía libre que en una estatista. Tampoco es conveniente, y por los mismos motivos anteriores, sumados a la ignorancia que aún existe en la teoría del crecimiento, tomar dogmáticamente las predicciones de modelos econométricos de dudosa ca-

pacidad predictiva. Aun en economías tan desarrolladas y con tantos recursos como la norteamericana no ha sido posible desarrollar modelos –incluyendo algunos intentos complejísimo– que predigan consistentemente mejor que el más ingenuo de los modelos simples que alguien pueda diseñar.

A todo evento, puede afirmarse que para la economía es de indudable beneficio la estabilidad de sus políticas. En general se ha demostrado preferible sacrificar la sintonización afinada de la economía –que no pasa de ser una tentación– y favorecer una política económica que cuente entre sus objetivos explícitos el de la estabilidad. Por ejemplo, una revaluación que reste supuestamente tres puntos a la inflación en un año no resiste el peso del beneficio alternativo que significa mantener una política cambiaria estable. Estabilidad en el sistema, coherencia en las políticas y sano clima político y económico aparecen como las bases sobre las cuales se construye el crecimiento económico, el que será fruto en definitiva de la capacidad de trabajo y creación de los miembros de una sociedad. No existe ninguna política capaz de suplir la visión y condición empresarial de un Henry Ford o la inventiva y el genio de un Thomas A. Edison. Ninguna política es capaz de crearlos. En cambio sí existen ambientes económicos en los cuales ellos pueden dar sus frutos y otros que los ahogan y adormecen. No es producto de la casualidad ni de condiciones raciales u otras, que los mayores adelantos tecnológicos hayan provenido siempre de individuos que actúan en economías libres. Tampoco existe ningún modelo econométrico que incluya el impacto que una personalidad tenaz, creativa y visionaria puede tener en un proceso de desarrollo, y sin duda los dos ejemplos mencionados fueron más importantes en el cre-

cimiento de la economía norteamericana, que cualquier política particular llevada a cabo a través de la intervención del Estado.

El actual Gobierno ha creado las condiciones que posibilitan a todos los chilenos el aplicar la dosis de esfuerzo que cada cual estime conveniente para contribuir a su desarrollo y al del país. No está en el espíritu libertario que lo anima el imponer niveles de ahorro ni de trabajo, y así el crecimiento será consistente con la expresión libre del conjunto de las voluntades individuales. Un país con mayores deseos de trabajar, ahorrar e invertir crecerá más, y estas acciones sin duda serán mayores en un país estable donde todos tienen seguridad de que podrán llegar a cosechar el fruto de sus esfuerzos.

En todo caso, resulta notable constatar que en Chile hoy se considera baja una tasa de crecimiento que fluctuaría entre el 5 por ciento y el 6 por ciento para un año, en circunstancias de que las tasas históricas alcanzaron un promedio de 3,65 entre 1950 y 1973, incluyendo años tan bajos como 1967, 1968, 1969 y años de crecimiento negativo como 1972, 1973. La forma actual de apreciar el crecimiento económico demuestra con claridad que, como consecuencia del singular éxito de la política económica vigente, se ha operado un cambio cualitativo trascendental en la mentalidad colectiva, provocándose así un nuevo nivel de exigencias, al cual nunca fueron capaces de llevar al país las políticas económicas seguidas entre 1940 y 1973. Chile ha conocido ahora su verdadera realidad y sus enormes posibilidades, y está dispuesto a exigir que se le permita explotar estas potencialidades sin trabas ni interferencias estatales paralizantes, sino con el conocimiento de lo que es capaz de realizar la iniciativa creadora de un pueblo libre.